



A las cinco de la tarde, a las cinco en punto de la tarde, comenzó el desfile, lento, procesional, de millón y medio de catalanes.

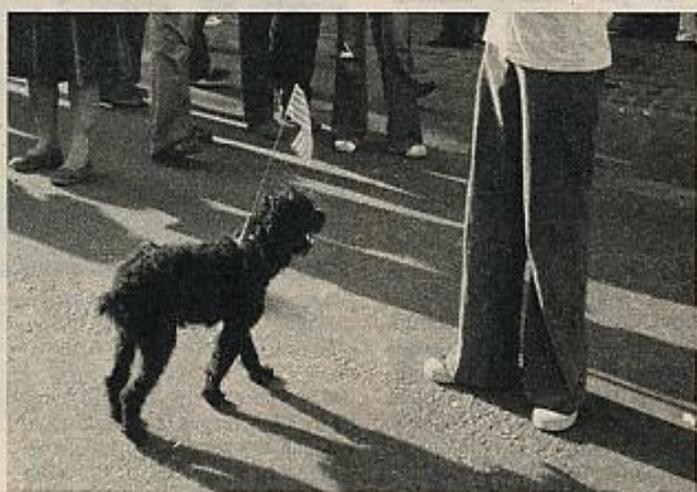
LA DIADA

banderas y pancartas a lo largo y ancho de uno de los paseos más hermosos de la ciudad, el de Gracia, un paseo que estuvo a punto de destruir físicamente la especulación porciolista y se salvó a medias gracias a uno de los primeros movimientos resistenciales vecinales bajo el franquismo. Franco hubiera tenido que haber vivido para ver lo que allí ocurrió. Su siniestra, sangrienta megalomanía de dictador ignorante se hubiera hecho añicos ante la evidencia de que cuarenta años de anticatalanismo activo no habían conseguido otra cosa que una unanimidad popular incontestable en pro de la defensa de lo fundamental de una Catalunya popular. Los manifestantes entendieron que la fuerza política clave para conseguir el retorno de las instituciones nacionales eran ellos mismos y que la forma y fondo de la manifestación daba carácter a la esencia y existencia de lo reivindicado. Unanimidad, prudencia, fidelidad, autocontrol, voluntad inquebrantable, paso a paso, grito a grito, bandera a bandera, pancarta a pancarta. Ante esta acción todos los problemas previos quedaban minimizados y el helicóptero oficial que sobrevolaba la manifestación debió llevar al Gobierno el parte inquietante de que todo un pueblo reafirmaba su razón de ser por encima, o mejor dicho, más allá del manobrerismo oportunista.

¿Qué respuesta va a dar el Gobierno Suárez después del 11 de septiembre? Si no quiere complicarse inútilmente la vida y la historia, no tiene otra respuesta posible que el retorno de las instituciones catalanas cargadas de significación real y con los estuches sin falsificar.

La manifestación duró toda la tarde, se introdujo en la noche y dejó la ciudad llana para subir hacia Montjuich en busca de la canción y el baile, en busca del final feliz de la fiesta.

Mientras tanto, pequeños comandos llegaban al enfrentamiento con la Policía y convertían autobuses en obstáculos para el tráfico y en obstáculos inútiles para el avance de la reivindicación catalana por la vía inobstaculizable del consensus mayoritario. ¿Tarradellas? Por los altavoces transmitieron su discurso. ¿Los parlamentarios? Se pusieron al frente de la manifestación en compañía del alcalde Socías. ¿Suárez? Seguía cuanto ocurría por una transmisión especial audiovisual. ¿La Autonomía? ¿La Amnistía total? Eso. ¿La Autonomía? ¿La Amnistía total? ¿Puede gobernarse "democráticamente" contra el referéndum de millones de catalanes? ■ M. V. M.



Los perros domésticos se sumaron a la fiesta y lucían "senyera".

"Lo más grande que se ha v

LAS previsiones se cumplieron. El 11 de septiembre, la Diada Nacional de Catalunya, todo un pueblo, el catalán, se manifestó en la calle para pedir la libertad, la amnistía y l'Estatut de Autonomia. Más de un millón en Barcelona, centenares de miles en las comarcas, recordaron la derrota y la pérdida de las libertades nacionales en aquella fecha de 1714.

A la crida de la comisión del 11 de Setembre, se respondió en bloque. Cada pueblo, cada ciudad, organizó una serie de actos reivindicativos en los que no faltó imaginación. Hubo parlamentos, manifestaciones y recogida de firmas que se presentaban en los diferentes Ayuntamientos para pedir que devolvieran a Catalunya lo que le había sido arrebatado en 1939. En este fin de semana se han repuesto más estatuas y más símbolos que nunca. Las calles de numerosos pueblos de Catalunya han visto de nuevo sus nombres propios y auténticos y a las "cabezas" municipales se les ha recordado la volun-

tad autonómica y democrática de las elecciones del 15 de junio. Ha sido una explosión festiva y consciente de la conciencia popular, que quiere recuperar la libertad y los derechos nacionales.

Barcelona, el domingo, se despertó de punta a punta de la ciudad envuelta en banderas catalanas. Por primera vez en muchos años, llevar flores al monumento de Rafael de Casanova no representaba tener que exponerse a las cargas de la Policía y la estatua se vio inundada de ofrendas florales.

A primeras horas de la mañana, y respondiendo a la convocatoria de una docena de organizaciones independentistas, se repuso en el Fossar de les Moreres la placa que recordaba a los muertos de 1714 en la defensa de Barcelona ante la invasión de las tropas del Borbón Felipe V: "Al Fossar de les Moreres nos s'hi enterra cap traïdor/sins perdent nostres banderes serà n'lurna de l'honor". Los versos de Pitarra y la lápida han conocido, por fin, la amnistía.

En el acto hubo parlamentos de Félix Cucurull y Jordi Carbonell, y se leyeron comunicados de adhesión de los presos catalanes de la Modelo.

Por la Rambla y las calles del centro de Barcelona, el desfile de banderas era incesante. Las barras catalanas se reproducían en los más variados atuendos. Camisetas, pulseras, barretinas, etc., se adquirían en los improvisados tenderetes, que hicieron su agosto. La fabricación de estas prendas y las piezas de bandera catalana han debido representar una ligera inyección económica para la maltrecha situación del textil. Los pasteleros también hicieron su tarta de la Diada y quién más, quién menos pensó en algún objeto de consumo alegórico a la jornada.

Una pausa para comer e inmediatamente la concentración en el paseo de Gracia. Cada esquina era el punto de reunión de los diferentes partidos, centrales sindicales y organizaciones populares. Aplausos para todos y en cantidad para los

HIJOS DE UNA EPOCA

VICTIMAS de sí mismos, los franquistas han rizado el rizo de la más admirable política florentina. Raro es el día que no nos trae la compungida queja de alguno de ellos, el relato de los sufrimientos sufridos bajo el régimen que crearon, alimentaron, enriquecieron, nombraron y dieron forma. Cuando no es el señor Serrano Súñer quien se declara en sus Memorias "proscrito" por un régimen en el que fue, más aún que ministro, válido —¿recuerdan? se le llamaba "el cuñadísimo"—, es el señor Tamayo, quien explica que el teatro que hizo, en realidad, no lo pudo hacer; o el señor Ansón, quien hace el racconto de sus persecuciones, o el señor Sentís, quien dice que él nunca fue franquista. Hablamos pasado ya por la glorificación del señor Ridruejo —a la que asistimos, puntualmente, en cada aniversario—, símbolo puro del demócrata infamado y por los alegatos de los falangistas verdaderos, que nunca consiguieron serlo.

Cierto que bajo aquel régimen también padecieron algo los llamados rojos. Pero, ¿quién va a tenerlos en cuenta? Los rojos siempre serán los rojos: ciudadanos de tercera, coro lejano de la tragedia del país. No tienen la gran textura de los protagonistas. No son primeros actores. Y el primer actor siempre será el héroe: si la comedia que se representa es la del franquismo, suyo será el papel protagonista; si es la tragedia de la opresión franquista, suyo será el papel del primer oprimido. El gran actor siempre tiene la primicia en el cartel. Y siempre cobra más que los otros. Demócratas que murieron, fueron encarcelados, perdieron sus carreras y su trabajo, huyeron al exilio, quemaron en él sus vidas, no son más que el fondo colectivo de la situación algo a lo que referirse como una masa. Sobre la que destaca, siempre, el protagonista. Cuando tiene que perseguir, persigue. Cuando tiene que ser perseguido, es el más perseguido.

Lástima grande que muriese Franco. Quién sabe si no sería ahora, en el caso de haber seguido en vida tras la caída de su régimen, la peor víctima del franquismo.

Probablemente, sería quien mayor razón tuviese. Si el franquismo lo hicieron y lo configuraron estos protagonistas eternos, que ahora reniegan de él, hay que pensar seriamente en la tragedia del fundador del régimen, rodeado de estos cortesanos tan frágiles. Los soldados de Napoleón llevaban todos en su mochila el bastón de mariscal; en las carteras de los hombres de Franco estaba ya la careta del demócrata, con el dibujado rictus de la víctima.

Quién sabe si muchos de ellos no estarán preparando ya el disfraz de víctimas de las víctimas del franquismo. Cuántos de ellos querrán ser de nuevo protagonistas, si llegase el día famoso del "salto atrás", y están perfeccionando ya el discurso de nueva toma de posesión del nuevo cargo.

¿Son los culpables? El culpable es su tiempo. Este tiempo nuestro en el que nadie puede ser lo que es, nadie ha tenido la entereza de llevar su vida clara y directamente, todo el mundo ha tenido que preparar en silencio la traición a sí mismo.

Salvo los rojos. Pero los rojos no cuentan. Se les mata si es preciso: se les puede matar dos veces, mil veces. No hacen más que bulto, número. No tienen ocasión de ser protagonistas. ■

POZUELO



Esto nunca

JULIA LUJAN

mutilados del Ejército republicano.

Poco antes de las cinco, la marcha empezó el desfile. En cabeza, los parlamentarios catalanes y los representantes de los partidos y movimientos adheridos al acto; también una delegación chilena invitada especialmente a la Diada. Todo el paseo de Gracia era un apretado conjunto de banderas catalanas, vascas, castellanas, gallegas... En las pancartas se hacía referencia a la amnistía total y a la autonomía. En toda la concentración, una sola mencionaba a Terradellas: la de Reforma Social Española, que cosechó algunas pitadas.

La marcha, que tenía un recorrido de cuatro kilómetros y medio, tardó más de cuatro horas en finalizar. Resulta imposible calcular el número de personas. La riada avanzaba por el paseo de Gracia a duras penas, pero también marchaban filas paralelas por las calles adyacentes. Toda Barcelona era una manifestación gigantesca y los alrededores del lugar donde está emplazado el monumento a Rafael

de Casanova quedaron colapsados.

El sol caía a plomo, las voces sonaban roncas y el himno de Catalunya, "Els Segadors", se cantaba en todos los acentos. Los pocos bares que se encontraban abiertos se tomaban al asalto; en las fuentes públicas se hacía cola para beber y cuando habla un bordillo libre se aprovechaba para hacer un alto en el camino. En el 11 de Setembre todos tenían el deseo de aportar solidariamente su voluntad, su esfuerzo y su cansancio para demostrar que el sentimiento de libertades no es en Catalunya cosa de pocos, sino del conjunto. "Es lo más grande que se ha visto nunca", decían algunos, y los viejos recordaban aquel último 11 de Setembre, en 1938, con Companys a la cabeza, y movían la suya con escepticismo ante las pegatinas que muchos lucían y que representaban un bote de nescafé con el lema de: "No volem una Generalitat descafeïnada" ("no queremos una Generalitat descafeïnada"). ■ Fotos: PILAR AYMERICH.